

UNA VISITA AL MUSEO DEL EJERCITO

Por
Enrique Pardo Canalís

Preliminar.

De unos años a esta parte, el conjunto de Museos de la Villa y Corte se ha enriquecido considerablemente, bien por creación de unos o por nuevas instalaciones de los ya existentes. Y aunque algunos otros siguen cerrados o se encuentran en trance de renovación, cabe ponderar el encanto de los Museos de Madrid, realzando los naturales o artificiales —y, a veces, artificiosos— atractivos de la capital. Y si desarrugando el ceño de la crítica nos fijamos y reparamos en su fisonomía y contenido, podremos llegar incluso a caracterizarlos de algún modo contribuyendo a que el visitante curioso o simplemente indeciso sepa qué elegir y hacia dónde encaminar los pasos de sus preferencias. Así, diríamos: el Prado o la plenitud; el Lázaro o la distinción; los Museos del Patrimonio Nacional o la suntuosidad; el Romántico o el primor; el Arqueológico o la atracción múltiple; el de Ciencias Naturales o la curiosidad enciclopédica... Pero en el grato recuento, forzosamente nos detendríamos al intentar configurar otro Museo, singularísimo por varios conceptos y hondamente arraigado, por añadidura, en el corazón del vecindario. Queremos aludir y aludimos al Museo del Ejército, para el que con la urgencia de trazar un apunte o rasgo distintivo, diríamos que representa ni más ni menos que la inmensidad de la propia Historia de España.

Bueno será dedicar esta jornada otoñal a visitarlo, acercándonos pausadamente a sus inmediaciones, por la calle de Alfonso XI —evidentemente descentrada respecto del Museo—, situándonos, al fin, frente a su fachada principal, enclavada en la calle de un marino ilustre, ducho en singladuras y saberes, cuyo recuerdo para la mayoría va aso-

ciado a una frase de fortuna, acuñada con el más sonoro énfasis del siglo XIX. Claro es que se trata de don Casto Méndez Núñez.

Emplazamiento.

Nos encontramos en una zona señorial. En un barrio de abolengo austríaco —o, si se quiere mejor, filipense, en gracia al *Rey poeta*—, a dos pasos del Retiro, inmediato al *Casón*, cerca de la iglesia de los Jerónimos, próximo a la sede actual de la Academia Española —inaugurada en 1894— y, para remate, en gozosa vecindad con el Museo del Prado. ¡Pocos parajes madrileños tan ventajosamente situados!

El Museo.

Dando ya vista al edificio —ala subsistente del Palacio del Buen Retiro— reconocemos en sus líneas armoniosas la traza típica de la arquitectura de los Austrias, con sus dos torres de agudos chapiteles, restaurada una de ellas. Delante, una amplia lonja presidida durante años recientes por el grupo monumental de Villamartín —flanqueado a sus pies por un almogávar y un soldado de los viejos Tercios—, con visibles huellas de sus múltiples heridas recibidas en el asedio del Alcázar toledano, al que ha vuelto otra vez. A uno y otro lado, piezas artilleras de largo alcance, algunas rusas, procedentes de la guerra de liberación. Adosados al muro el gran escudo en piedra de la ciudadela de Pamplona y el emotivo relieve en bronce recondando al cadete Juan Vázquez Afán de Ribera —caído, casi anónimo, en la gran jornada del Dos de Mayo— y para el que sirvió de modelo al escultor Marinas otro cadete, Luis Bermúdez de Castro, que siguiendo el ejemplo de su juvenil antecesor, fue a morir también heroicamente pocos años después. Completando el espacio exterior, varias estatuas de los Reyes de España originarias del Palacio de Oriente —una de ellas, de Felipe IV—, el monumento conmemorativo del desembarco de Alhucemas —retirado premiosamente, bajo la República, del antiguo Ministerio de la Guerra— y la maqueta de la fuente levantada en Jerez a la memoria del General don Miguel Primo de Rivera.

Un poco de historia.

No estará de más que, al uso castrense, empecemos por trazar la media filiación del propio Museo. En tal sentido, si hubiéramos de remontarnos a mayores lejanías, no podríamos eludir, al menos, la mención de las viejas armerías establecidas en Segovia por Isabel la Católica, en Valladolid por Carlos I y en Burgos por Felipe II, en donde empezaron a conservarse piezas importantes. Del año 1756 data la organización del Arsenal central de Madrid, precedente bien caracterizado del Museo de Artillería. Pero sin rebajar en modo alguno la existencia de tales precedentes, es de justicia reconocer que el origen del Museo en los tiempos modernos arranca de 1803, al disponerse en 29 de marzo la creación del Real Museo Militar, siendo esta, a no dudarlo, una gloria legítima del Príncipe de la Paz, quien completó su acertada medida encargando la dirección del mismo a don Joaquín Navarro Sangrán. De momento, el Museo fue a instalarse en un paraje que pronto se haría célebre: el Palacio de los Condes de Monteleón. Allí empezaron a reunirse objetos y colecciones, entre ellas, la serie de piezas adquiridas a la viuda del célebre ingeniero francés Marqués de Montalembert. Pero, a los pocos años, el Museo, no sólo recibe su bautismo de guerra, sino que interviene activamente en la lucha, sirviendo las propias piezas de artillería allí conservadas para hacer frente a la embestida francesa; sin embargo, la superioridad de medios de los atacantes reduce al silencio y la desolación el viejo parque de artillería, en cuya defensa sucumben, a la cabeza de un pueblo enardecido, Daóz, Velarde y el cadete Afán de Ribera, ya citado, de los cuales conserva el Museo numerosos recuerdos. Con su ruina se produce la del naciente establecimiento. Terminada la contienda, vuelve a confiarse a Navarro Sangrán la dirección del centro, y con ejemplar solicitud va recabando piezas y objetos para el nuevo local, instalado por entonces en el Palacio de Buenavista. En 1827 se dispone la división del Museo: uno de Artillería y otro de Ingenieros, separación que subsistiría durante largos años. El primero de ambos cobraría singular esplendor, favorecido tanto por los mertísimos trabajos de don León Gil de Palacio —más tarde, Director—, como por la instalación, en 1831, del Taller de Litografía y la incorporación de importantes piezas y recuerdos históricos. En 1841, al pasar el Gabinete Topográfico al

Casón, se dispuso el traslado del Museo al viejo Salón de Reinos y dependencias del antiguo Palacio del Buen Retiro.

Por su interés para la historia, se destaca la fecha de 1842, en que se inició la colección de banderas, acrecentada posteriormente sin interrupción hasta nuestros días. Pero, sin menoscabo de las cuantiosas y sucesivas incorporaciones registradas en los anales del Museo, no cabe eludir la constante preocupación por dotar de una instalación estable a los valiosos fondos acumulados, lograda principalmente a través de las obras de consolidación y adcentamiento urbano, llevadas a cabo en su actual emplazamiento, en particular durante la Restauración y a partir de 1939.

Pasando por alto, bien a pesar nuestro, curiosas noticias acerca del origen y desarrollo de los diversos Museos militares, establecidos dentro y fuera de la capital —singularmente los de Infantería, Artillería e Ingenieros—, importa recordar que por Real Decreto de 23 de enero de 1929 se dispuso la creación del Museo del Ejército, en el Alcázar de Toledo, refundiendo, con tal motivo, los existentes. Diversas vicisitudes entorpecieron llevar a la práctica lo ordenado. Posteriormente, conservando la anterior denominación, se inauguraba solemnemente el Museo, con asistencia del Generalísimo, en 1941.

Sobre la marcha.

Parece oportuno que antes de seguir adelante señalemos algunas salvedades. Resultaría pueril pretender en el corto espacio de unas páginas la descripción, imposible en verdad, de cuanto encierra este Museo incomparable. Para quienes no lo conocen, baste decir que —aparte de las miniaturas—, comprende cerca de treinta mil piezas, cuya cumplida referencia fue objeto del catálogo monumental en cinco tomos, tamaño folio, publicados entre los años 1953 a 1958, con un total de más de mil setecientas páginas. En ellos, el curioso y el entendido pueden satisfacer sus deseos informativos. Nuestra intención, en consonancia, no sólo con los medios disponibles, sino con la finalidad predominante que perseguimos, nos impone una visita puntual y diligente de la que intentaremos ofrecer en estas líneas una impresión general forzosamente sucinta que ojalá resulte sobre todo alentadora, procu-

rando eludir de intento pretenciosas valoraciones de cuanto se contempla, pues los visitantes reaccionan de manera muy personal en cada caso. De ahí que lejos de abrumar con hiperbólicas ponderaciones sobre la excelencia de las piezas expuestas, parezca preferible suscitar una llamada de atención a fin de que cada uno la estime a la medida de su propia formación o sensibilidad.

El Museo del Ejército constituye, a nuestro juicio, uno de los más complejos y difíciles que existen. Empecemos por señalar que aparte del gran número de piezas que lo integran, guarda objetos desde la Prehistoria a nuestros días, confiriendo al conjunto unos límites cronológicos excepcionales, lo que se agrava en orden a su procedencia, pues conserva piezas de cinco continentes, atestiguando la presencia de España en sus confines.

Asimismo presenta otra dificultad no desdeñable: la de un léxico adecuado, no siempre entendido por la mayoría. Vayan si no algunas muestras. A no ser artilleros, ¿cuántos saben o recuerdan que el arte tormentaria se refiere a la expugnación o defensa de los recintos fortificados? Hay quienes ignoran a ciencia cierta a qué se denomina moharra, y otros que confundiendo el proyectil con el arma que efectúa el disparo emplean impropriamente la palabra obús. Probablemente no todos aciertan a distinguir la Laureada y la Cruz de San Fernando, ni acaso dejan de ocultar un desdeñoso mohín de extrañeza al contemplar las porras de los tambores mayores. Y no se diga nada respecto de las diferentes clases de lanzas entre las que se cuentan las albardas, las artesanas y los espontones. Pues bien; de todo ello conserva este Museo numerosos ejemplares, reclamando, por supuesto, un conocimiento apropiado.

Es curioso, por otra parte, lo que sucede con este Museo. Se nos presenta, sí, como una vasta panoplia de generalidades, de visiones panorámicas, de amplios enfoques en el tiempo y en el espacio, apoyando todo ese magno despliegue de gestas y heroísmos sobre incontables objetos definidos, unidades concretas bien diferenciadas, de parvos contornos y exiguas limitaciones. Con la particularidad de que, al mismo tiempo, junto o al margen de lo puramente histórico o emocional de muchas piezas, se reconoce un valor técnico de subido interés para los especialistas, como sucede con las espléndidas series de armas blancas y de fuego.

Vestíbulo y escalera.

Nada más penetrar en el Museo empezamos a sentir directamente cierta impresión que ya no nos abandonará hasta la salida. Viene provocada por la aglomeración de piezas y más piezas que, avivando la sorpresa y apurando la atención, abre interrogaciones a lo insospechado. De ahí que no sepa uno adónde dirigir la mirada. Pensemos que ninguna explicación más bella y satisfactoria en tal sentido que la dada por el General Bermúdez de Castro, Director que fue del Museo, cuando exclamaba orgullosamente:

—¡Son tantas nuestras glorias!

A la entrada, una emotiva inscripción, en lo alto, recuerda a los *centenares de miles* de españoles que dieron su vida por Dios y por España en 1936-1939. Una maqueta, en bronce, del Alcázar de Toledo según se hallaba al ser liberado. Completan la reducida estancia que se continúa con la Escalera Real, algunos retratos de monarcas visigodos, una enorme campana y cañones procedentes de la olvidada campaña de Cochinchina y una nutrida colección de lantacas, armas filipinas entre las que sobresale una de palma brava con refuerzo de correas y bejuco.

Dominando la escalera, una gran representación de Clfo, sedente, sujetando el libro de la Historia, es modelo en yeso bronceado —cedido por Aniceto Marinas— del monumento erigido en memoria de Daoíz y Velarde, frente al Alcázar de Segovia.

Después de saludar respetuosamente a dama de tan insigne alcurnia y gravedad, nos disponemos a seguir el itinerario fijado para la planta noble.

Sala de la Reina.

La Infantería, fiel y gloriosa, reina de las batallas, cuenta en el Museo con tres salas, amplias sin duda, pero tan sobrecargadas de objetos que ya en la primera de ellas el visitante queda un tanto confundido, sin saber qué camino tomar. ¿Por dónde empezar el recorrido? ¿Por la derecha, según se indica? ¿Por el frente? Además, ¿qué ver primero? ¿Las vitrinas? ¿Las piezas exentas?

Entre cuadros y banderas, armas y pergaminos y múltiples objetos, anotemos brevemente varias maquetas de monumentos conocidos, entre ellos el de Alfonso XII en el Retiro, el del Cabo Noval en la plaza de Oriente y el del Comandante Benítez, inmortalizado en la defensa de Igueriben. Por su procedencia llaman la atención un bastón de Pío IX —con incrustaciones de nácar y metales finos— y la bula pontificia concediendo la Orden Piana al Batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, con motivo de la expedición mandada por Fernández de Córdoba. Anecdóticos resultan los uniformes militares de Alfonso XII y Alfonso XIII, estremecedores los rastros de la bomba de Mateo Morral, e impresionante, dentro de su tosquedad, la piedra con manchas de sangre del teniente coronel Palacios, héroe del Barranco del Lobo.

Una puerta de hierro toledana permite el tránsito al

Salón de Reinos.

Estancia capital constituye el recinto de mayor suntuosidad e importancia de todo el edificio. Su nombre, enraizado en pleno Siglo de Oro, va unido al esplendor de España, habiéndose celebrado en su interior reuniones de Cortes y actos de gran relieve histórico. Unese a ello la fastuosa decoración —cuidadosamente restablecida— con escudos de los reinos, virreinos y ducados españoles, y el hecho de haber estado enriquecida con lienzos de primer orden, incluyendo la serie de los trabajos de Hércules, de Zurbarán y, sobre todo, el cuadro de «Las Lanzas» y los retratos ecuestres pintados por Velázquez de los Reyes y el Príncipe Baltasar Carlos, galas hoy del Prado. No es extraño que Tormo, tan concienzudo y entusiasta historiador del Salón de Reinos, clamase casi a principios de siglo por su restauración integral.

Actualmente se conserva en su interior un sin fin de recuerdos históricos de valor inestimable. Preside la estancia un lienzo de la Inmaculada, por Lucio Rivas. Numerosas copias modernas evocan los lienzos colgados antaño de sus paredes.

Innumerables son las banderas aquí expuestas, muchas de ellas portadoras de las corbatas de la Orden de San Fernando. Un conjunto significativo lo forman las enseñas de los siete países hispanoamerica-

nos —Argentina, Paraguay, Costa Rica, Perú, El Salvador, Ecuador y Santo Domingo— que, en momentos difíciles, votaron a favor de España en 1946. Muy cerca, la Medalla de Oro concedida al Museo por el Ayuntamiento de Madrid.

Mención aparte merecen las enseñas tomadas por los franceses y devueltas caballeramente por el Mariscal Petain.

Cercano a la entrada, un busto bien logrado del Gran Capitán, al que dan escolta los maniqués de un arcabucero y un ballestero.

Abandonamos esta sala con nostalgia para alcanzar la última de las dedicadas íntegramente a la Infantería.

Sala de Armas.

Con adecuada congruencia, la decoración de esta sala recoge marcas empleadas por antiguos espaderos y arcabuceros. Ello anima al visitante que se encuentra un tanto perplejo ante la gran cantidad de armas que encierra, si bien contemplándolas detenidamente llega a diferenciar sus clases y a sentir su belleza. Sabido es que la colección de espadas —junto con las conservadas en la Sala de Armaduras— es celebrada por los entendidos como una de las mejores conocidas. Piezas prehistóricas y medievales encuentran su continuidad en otras modernas de gran interés, contándose entre las más valiosas un cañón de culebrina encargado, por el obispo de Córdoba, don Leopoldo de Austria, probablemente con destino a Felipe II.

Sala de heroínas.

En rigor, no podía faltar en el Museo de nuestra historia militar esta sala, bien avenida con los alardes femeninos de valor y con los dictados de la galantería española. En ella encontramos, con todas las exigencias del heroísmo, dos manifestaciones bien diferenciadas, pero ambas coincidentes, en un común denuedo. Una, la de aquellas que, sin disfraz alguno, actúan frente al enemigo: las heroínas palentinas, María Pita, Agustina de Aragón, la Condesa de Bureta, las heroínas de la Cruzada. Otra, la de quienes con no menos arrojo pero con mayor riesgo de aventura encubren su femenina condición y llegan a extremos que parecen en verdad arrancados de las más fantás-

ticas novelas, como *la monja alférez* —ciertamente fabulosa—, la dama de Arinteros, esforzada como el que más y cantada en romances con acentos legendarios, y Francisca Guarch, heroína de Castellfort, en la última guerra carlista.

Sala de Ayudantes del Capítulo de la Orden de San Fernando.

Pendiente de reforma al redactar estas líneas, sobresale en su decoración un bello tapiz, regalo de Felipe II a la Santa Hermandad Vieja de Toledo. Sobre la mesa, vitrina preciadísima de condecoraciones de la Real y Militar Orden.

Es tránsito obligado para la siguiente.

Sala Capitular de San Fernando.

Honra el Museo del Ejército a la más sobresaliente de nuestras recompensas militares con este recinto de gran prestancia.

Verdadera galería de retratos contemporáneos, ocupa el lugar principal el del Generalísimo, contándose entre los demás los de ilustres laureados de nuestros días.

Complementariamente se exponen dos bustos de bronce, ambos fundidos en Trubia. Uno, un tanto simbólico, de un combatiente desconocido de la Cruzada de Liberación. El otro, de Eloy Gonzalo, héroe popular de Cascorro, sobre quien tenemos en preparación un documentado estudio al que hemos de remitirnos, si bien por hoy consignaremos simplemente que la Laureada que ostenta dicha escultura debió de imponérsela afectivamente la gratitud de muchos españoles por su gesto admirable, aunque no llegase a alcanzar la confirmación definitiva.

En el centro, en vitrina de honor, la Tizona del Cid, fechada en 1040. Pieza cumbre de nuestra espadería histórica, pertenece a los Marqueses de Falces.

Añadamos por último que Sert prometió pintar esta sala, muriendo antes de cumplir su deseo.

Sala de armaduras.

Integrada preferentemente por la colección de los Duques de Medinaceli e incrementada por otros ejemplares de importancia, constituye una cumplida evocación de siglos pretéritos. Pocas salas como ésta más propicias para reflexionar acerca de la evolución de los medios humanos de combate.

La ordenada y meticulosa disposición de los maniqués expuestos, en correcta formación de lejanas añoranzas, facilitan un puntual entendimiento de las armaduras que el público —doy fe de ello— agradece y encomia. Sospecho que no hay discrepancias en resaltar: el maniquí del Duque de Feria —robusto corpachón coincidente con los varios retratos que de él conocemos—, la armadura ecuestre del Duque de Alcalá —de gallardísima apostura— y el arnés de torneo del Gran Capitán, cuando servía de doncel a Isabel la Católica.

De calidad excepcional es la serie de espadas —de lazo, de conchas, de cazoleta, de dos manos, mandoble, de barco— que completa las colecciones del Museo, y a la que pertenecen, con otras, las de Hurtado de Mendoza, Sancho Dávila y García de Paredes.

Armas y más armas —de asta y de fuego— vienen a completar esta sala en la que todavía podemos contemplar dos pequeñas esculturas griegas y un medallón romano, la maqueta de un navío artillado con 92 cañones, un tambor que se utilizaba para la publicación de la bula y arcones de caudales de los Tercios, sin olvidar dos fragmentos señaladísimos: uno, de la bandera de Don Juan de Austria en Lepanto, y otro, del estandarte llevado al Perú por Francisco Pizarro.

Sala árabe.

Con razón se ha hecho notar que los múltiples avatares de la Reconquista, a lo largo de ocho siglos de lucha ininterrumpida, apenas encuentran su reflejo en el Museo.

Decorada esta sala acertadamente con motivos granadinos, exhibe un valioso conjunto de armas y prendas pertenecientes a Boabdil el Chico, apresadas en la batalla de Lucena, en 1483. Digna de mención, asimismo, es la espada de rica empuñadura de marfil, de Aliatar, Alcaide de Loja, personaje de leyenda, cuyo cadáver apareció en el río Genil sujetando aquella con la mano.

Sala de Cruzada.

Confesamos por anticipado que en nuestras frecuentes visitas al Museo siempre hemos encontrado esta sala especialmente concurrida. La explicación parece clara. Los supervivientes de aquellos días heroicos, por añoranza. Los nacidos después —cumplidos ya, a estas alturas, los mayores, los treinta años—, por curiosidad. Unos y otros con interés bien justificado, que, en parte al menos, queda satisfecho. Como en tantas salas del Museo, la atención se dispersa hacia muy dispares referencias. A la derecha, la juvenil guerrera de húsar y sable de José Antonio Primo de Rivera. Fría impresión produce la pistola con que se asesinó a Calvo Sotelo. Pieza sobresaliente, sin duda, es el parte final de la campaña, inestimable autógrafo del Generalísimo.

Numerosos retratos —pinturas, bustos, fotografías—, prendas y objetos de uso personal —las gafas que llevaba Mola cuando murió, el plato y la cuchara usados por el requeté Antonio Molle Lazo, en proceso de beatificación—, pergaminos, autógrafos, planos y maquetas, escudos, armas, banderas, camisa de tortura procedente de una checa, efectos varios —la paloma utilizada por los defensores del santuario de la Cabeza, que, malherida, cumplió su misión llegando a las filas nacionales—, cubren exhaustivamente el espacio disponible, recordando incontables acciones y participantes de la campaña. Evoquemos, por todos, a uno de ellos, el general de Estado Mayor don Manuel Lon y Laga, prototipo acabado del honor militar y cuyo nombre no ha alcanzado la resonancia que la firmeza de sus convicciones y ejemplar entereza merecían.

El tiempo, acompañante implacable, nos acosa para continuar la visita.

Sala de Caballería.

A la entrada, dos bustos de bronce, retratos de los generales Dulce y Contreras, anuncian las proezas de *la Poderosa*.

Ya en el interior, armas y estandartes, uniformes, pinturas —Cusach, Banda—, esculturas —Benlliure, Panini— y profusión de objetos personales evocan la memoria de Ricardos y Diego de León, Contreras y Enrique Torres —héroes de Treviño—, Primo de Rivera, Sil-

vestre, Cavalcanti, Ponte y otros más. Pero quizá nada tan sorprendente como un cuadro representando al sargento de húsares, Antonio Chover, con 15 sables clavados en el cuerpo, indicadores de las heridas recibidas, antes y después de ser apresado en la batalla de Talavera. Según consta, la auténtica odisea sufrida por este héroe no le impidió alcanzar la edad de ochenta y un años.

Llamativo resulta el maniquí de un antiguo Caballero de Santiago.

Por la escalera de Reyes, pasando de largo por la planta intermedia —con la Sala Marroquí, cerrada por reforma— se asciende a la última planta, no sin dejar de contemplar la desmesurada bandera tomada a los insurrectos de Joló.

Sala de Ultramar.

Pudiéramos decir que de Colón y Weyler —cuatrocientos años de uno a otro— se exhiben en esta sala curiosos exponentes de la presencia de España en América y Filipinas. Por su significación resaltamos una crucecita de madera formada con un trozo de la que el Descubridor clavó en Baracoa y otro fragmento de la corteza del árbol de la *noche triste* de Cortés.

Pinturas y esculturas modernas en gran parte rememoran nombres y acciones conocidos. Una maqueta recuerda el fuerte indomable de San Juan de Ulúa. De traza exótica son los conjuntos de armas, enseres e indumentaria de diversos países asiáticos y africanos. Y no faltan algunos sangrientos testimonios de Cuba y Filipinas, entre ellos un estandarte del fatídico Katipunam y un machete para el pacto de sangre contra España.

Sala segunda de recuerdos históricos.

En realidad, todo el Museo está lleno de recuerdos históricos. Es una permanente y clamorosa evocación del pasado. No podía ser menos tratándose de esa íntima conexión entre la Historia y la Milicia. Pero es ahora cuando, según la denominación establecida, abocamos a una de las dos salas dedicadas a aquellos con cierta exclusividad.

Comprende, casi absolutamente, los dos ciclos de la Guerra de la Independencia y de la guerra de Africa *del 60* (1859-1860). A esta úl-

tima corresponde la tienda de campaña de Muley el Abbas, jefe de las fuerzas marroquíes —apresada en la batalla de Tetuán—, conservándose en su interior los trebejos de escritorio utilizados para la firma de los acuerdos preliminares de paz suscritos conjuntamente con O'Donnell. De éste, así como de los actores más importantes de la contienda —Echagüe, Ros de Olano, Zabala y Prim, teniente coronel Piniés y el cabo Mur, entre otros— hay abundante iconografía que se completa con las acostumbradas series de armas, banderas y uniformes.

De la Guerra de la Independencia abundan los recuerdos coleccionados, en particular, los relativos a los principales héroes del Dos de Mayo. Se advierte que en su tiempo no se desatendió ningún objeto aprovechable: efectos personales —jesos pendientes que pertenecieron a Daoiz!—, documentos, estampas, motivos funerarios. Todo fue recogido y conservado cuidadosamente.

Aparte de ello, no podían faltar ni faltan valiosos testimonios de la lucha fuera de la capital. Un gran maqueta perpetúa la victoriosa batalla de Bailén. Gerona y Zaragoza, Castaños y Palafox, Alvarez de Castro y Reding, el Empecinado y Morillo, el Marqués de la Romana y Wellington están presentes en muchos objetos personales, sin excluir los concercientes a Napoleón. Y otra vez, armas y banderas pregonan mil acciones famosas.

Para terminar, las cruces y medallas creadas y concedidas por servicios distinguidos se muestran, cuantiosas, en espaciosa vitrina.

Sala primera de recuerdos históricos.

Entiéndase reiterada la observación previa sobre la anterior, con mayor motivo aun, pues por su contenido multitudinario no dudamos en considerar esta sala como una de las más densas —si no la primera— de todo el Museo.

Aparte de conmemoraciones menores y siguiendo un cierto orden cronológico anotamos una cédula firmada por los Reyes Católicos. En seguida, pasamos a contemplar la suntuosa tienda de campaña de Carlos V en Túnez, completada su instalación con el lecho de nogal usado por el César al desembarcar por primera vez en España; otros recuerdos ligados al mismo —una larga mesa de despacho utilizada en Vi-

llaviciosa y el pendón de la Santa Hermandad de Toledo— se exponen próximos.

A la época de Felipe II va unido el nombre ilustre de Alejandro Farnesio aquí afirmado por el puente que mandó construir para la caída de Amberes.

Retratos sin fin —grabados, lienzos y bronce— enriquecen el acervo iconográfico de la sala. Entre aquellos, reclama un punto de atención —por el olvido en que ha permanecido durante muchos años— el del Coronel José Antonio Portugués, cuya ignorada paternidad sobre las célebres Ordenanzas llamadas de Carlos III ha quedado restablecida con seguridad.

A finales del XVIII pertenecen una bandera tomada a los ingleses en la victoriosa ocupación de la Florida, un autógrafo del Conde de Aranda y la conocida carta de Nelson al Comandante General de Canarias agradeciendo sus atenciones y enviándole un barril de cerveza y un queso.

La última centuria se abre, como en despliegue impresionante, con la bandera del **San Juan Nepomuceno**, mandado por Churruga en Trafalgar. Más recuerdos de entonces y de la Guerra de la Independencia. Luego, podemos seguir paso a paso las demás vicisitudes. De las guerra carlistas hay profusión de testimonios. Don Carlos, Zumalacárregui y Cabrera, están presentes en muchos de ellos. Una vitrina guarda unos muebles sorprendentes por su rusticidad: se trata de la mesa de pino y sillas utilizadas en las conversaciones del caserío de San Antolín, entre Espartero y Maroto, preparatorias del Convenio de Vergara.

De Espartero —figura cumbre de un período crítico de nuestra historia— se multiplican los recuerdos, aunque tal vez ninguno tan representativo como la famosa **espada** de Luchana que, en realidad, fue como la espada de Damocles durante largos años sobre la vida del país.

Diego de León es el General romántico por excelencia, al que no le faltan valor legendario, fidelidad a la Reina y sacrificio de la propia vida a consecuencia de un pronunciamiento desventurado. Emotivos objetos avivan su memoria: prendas que llevaba al ser fusilado, cigarrillos puros ofrecidos a sus guardianes y hasta un anónimo escalofriante, recibido por su defensor, con estas palabras amenazadoras: «Ay de ti si se salva».

Todo cuanto a través del siglo XIX tuvo en España, militarmente, significación e importancia, encuentra en el Museo —más en estas salas— una señal concreta o un reflejo emocionado. Así cabría añadir que de nuestras principales figuras castrenses queda alguna huella perdurable. La relación se haría interminable: Torrijos, San Miguel, Serrano, Narváez, Novaliches, Prim, los Conchas, Martínez Campos, Polavieja, Azcárraga, Weyler, Las Morenas, Martín Cerezo, Vara de Rey, Eloy Gonzalo... Impresionante —como su mismo destino— es cuanto se refiere a Prim, cuya levita ensangrentada, junto con los proyectiles extraídos de su cuerpo, van ligados estrechamente al mortal atentado de la calle del Turco.

Todavía nos llaman la atención las últimas banderas españolas que ondearon en Cuba —singularmente la de la Comandancia Militar de Cienfuegos— y el rico plato regalado a Castelar por los artilleros.

Al siglo actual corresponden varios efectos personales de Canalejas y Dato, así como la bandera que cubrió el cadáver del Archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austro-húngaro y cuyo asesinato desencadenó la Guerra Europea.

Sala principal de Ingenieros.

El antiguo Museo de Ingenieros —establecido un tiempo en el edificio del Servicio Histórico Militar— vino a quedar integrado en el actual del Ejército, aportando, en consecuencia, los fondos importantes de que disponía.

Hoy son tres las salas con que cuenta, presidiendo la principal una bella estatua de su Santo Patrono, ante la que se exhibe una esmerada reproducción de la espada auténtica, conservada en la Catedral de Sevilla.

Banderas y uniformes y modelos de fortificaciones ocupan una gran parte del espacioso recinto en el que figuran un modelo de la batería flotante proyectada para la recuperación de Gibraltar y uno de los fortines levantados por Weyler en la guerra de Cuba.

La colección de maquetas de parajes y lugares estratégicos es particularmente notable, contándose entre ellas las de Gibraltar, sitios de Zaragoza y Gerona, bahía de Rosas, castillo de Loarre, Castellote, Melilla, Peñón de Alhucemas y otras.

Cuadros, bustos y estampas evocan la memoria de ingenieros ilustres.

Por su interés rayando en lo anecdótico, hagamos mención de la barquilla utilizada por la Reina Regente con motivo de su ascensión en el primer globo cautivo del Ejército.

Sala de Zarco del Valle.

Don Antonio Remón Zarco del Valle fue Inspector General de Ingenieros y esforzado paladín de las glorias del antiguo Cuerpo a su cargo. De ahí que su despacho y varios recuerdos personales tengan en esta sala un honroso emplazamiento.

Aparte de ello se exponen otros objetos interesantes, como varios modelos de carruajes, un llamativo reloj y un heliógrafo utilizado en el asedio de Kudia Tahar, durante la última campaña de Marreucos.

Sala de puentes.

Los modelos a escala reducida de los puentes montados por los ingenieros militares se reúnen y dan nombre a esta pequeña sala, a la que adornan curiosas referencias iconográficas. Por su interés evocador, consignamos una copia del olvidado cuadro de las corbatas, pintado por Esquivel a instancias de Zarco del Valle, para perpetuar la memorable concesión e imposición de la Laureada de San Fernando a la bandera del Regimiento de Ingenieros; el original pereció en el incendio de la Academia de Ingenieros, de Guadalajara, en 1924. Se da la circunstancia afortunada de que la enseña original aparece junto al lienzo.

Pasando por delante de la Sala de Intendencia —cerrada temporalmente por reforma—, descendemos por la escalera Norte a la planta baja, ocupada en gran parte por fondos del antiguo Museo de Artillería.

Sala de modelos de artillería de costa.

En esta primera sala del Arma se presentan piezas de gran interés técnico, no limitadas solamente a los modelos que le dan nombre, fidelísimas reproducciones de los originales, sino a una serie de diversos proyectiles y muestras de pólvora.

Entre los demás objetos aquí expuestos figura una primorosa torecilla de plata repujada, procedente de Cuba y numerosos retratos de artilleros ilustres, uno de ellos, el Cardenal Cascajares, Prelado eminente de la Iglesia española del siglo XIX.

Actualmente se conserva en esta sala el coche ocupado por Prim al sufrir el atentado ya aludido con anterioridad.

Sala de modelos de artillería.

Le denominación se debe al conjunto de modelos reducidos en los que la fidelidad a los originales se conjuga armoniosamente con la precisión y belleza de líneas. Nos encontramos, sin duda, ante una de las salas de mayor atracción para los estudiosos, pues las piezas expuestas no se limitan a la época moderna sino que reproducen antiguos artefactos bélicos.

Dos cuadros, **Salida de batería**, por Cusach y **La muerte del Capitán Temprado**, por Morelli, atestiguan la pericia de sus autores, acreditados pintores de temas militares.

Sala de la División Azul.

Frente a la anterior, recuerda este recinto la denodada intervención de la División Azul —División Española de Voluntarios— en el frente ruso. Diferentes objetos y material gráfico, completan, con sobria parvedad, su instalación.

Sala de la Guardia Civil.

Bajo el patronato de la Virgen del Pilar y presidida por el retrato del Duque de Ahumada, guarda en su interior testimonios elocuentes

—armas, banderas y uniformes, cuadros y objetos diversos— vinculados a la densa actuación del benemérito Cuerpo a lo largo de poco más de un siglo de existencia.

Capítulo sobresaliente lo constituye la defensa del Santuario de la Cabeza —cuya maqueta centra la estancia—, bajo el mando del Capitán Cortés, de quien se conservan impresionantes recuerdos personales.

Sala de Sanidad Militar.

Bajo el patrocinio de la Virgen del Perpetuo Socorro y la evocación fundacional de Isabel la Católica, primero y más recientemente, de Isabel II, dos nombres despiertan prestigiosas resonancias: son los de Ramón y Cajal y Gómez Ulla, a quienes se dedican sendas vitrinas. Un espadín, que perteneció a Rogelio Vigil de Quiñones va ligado a la heroica defensa de Baler.

Sala de bombardas.

Prosiguiendo la serie de las instalaciones de artillería, penetra el visitante en esta sala poseído de un receloso temor, al encontrarse ante piezas cuya sola mención provocaría, a los no especialistas se entiendo, verdaderos quebraderos de cabeza. Afortunadamente, la ayuda solícita de unos cartelones explicativos, permite ir comprendiendo ese mundo fiero de bombardas, pasavolantes, falconetes, cervatanas, ribadoquines y bolaños, culebrinas, sacabuches y sacres, por no citar sino unas cuantas piezas antiguas de las que se muestran ejemplares que, según los entendidos, pueden calificarse de admirables.

No faltan invocaciones piadosas a la Patrona y, en particular, una deliciosa imagen medieval en su hornacina, procedente de Tuy.

Sala principal de artillería.

Intentemos un máximo esfuerzo de atención para contemplar la Sala en que nos encontramos, verdadero plato fuerte de este convite descomunal que supone visitar el Museo.

Pasamos aquí —siguiendo la evolución del arma— a los tiempos modernos, a partir del siglo XVIII. Lo que quiere decir, amigos, que

ahora, de un momento a otro, comenzarán a disparar en nuestra imaginación, toda suerte de obuses y cañones, capaces de encoger más que el ánimo imperturbable de tantas piezas devastadoras, el ánimo ya vacilante, de quienes recorren esta dependencia sensacional.

Ahora hemos de contemplar, como otras veces, algo inolvidable Vista ya la berlina de Prim, he aquí el carro de sección donde fue recogido moribundo el Marqués del Duero, el coche donde iba Dato al ser asesinado cuando pasaba por la Puerta de Alcalá y el pequeño Morris utilizado por Vara de Rey, el joven, durante su gesta de Tablada.

Adosada a una de las paredes, la lápida sepulcral del Conde de Gazola —procedente de la iglesia de la Trinidad— y, en el centro, una espléndida maqueta del Alcázar de Segovia, realizada bajo la dirección de León Gil de Palacio.

Trasponemos la puerta de salida y bordeando la maqueta en bronce del monumento al Marqués del Duero, bajamos a la derecha unos peldaños, como si descendiéramos a un paraje misterioso, misterio pronto desvanecido, pues un rótulo indicador advierte que nos encontramos ante la

Exposición permanente de miniaturas militares.

Si la sala principal de Artillería era el plato fuerte, estas salas son como el postre, confortador y refrigerante.

Inauguradas en 5 de marzo de este año, podemos anticipar a quienes no las conocen que en su instalación se ha conseguido un montaje realmente primoroso, siendo justo agradecer su inestimable contribución tanto al Museo como a la Agrupación de Miniaturistas de España, digna de todo encomio y admiración por la competencia y el entusiasmo de sus componentes.

La exposición comprende tres salas con un total de quince a veinte mil miniaturas. La primera, montada principalmente con fondos antiguos del Museo, reproducciones de piezas artilleras y, singularmente, el modelo, a tamaño reducido, de una fortificación del sistema Vauban, en latón dorado con figuras de plata repujada, regalo del Emperador de Austria al Príncipe de Asturias, luego Carlos IV.

La segunda muestra millares de figuras —¡aquella inolvidable sala infantil con la leyenda: «Los niños serán soldados»!— y, en particu-

lar una colección de 360 piezas en madera —a cargo de don José Tello—, representando la evolución del ejército español. Pieza curiosísima es un cañoncito-reloj con un ingenioso dispositivo para dispararse en el punto exacto del mediodía.

La tercera, la más espectacular sin duda, exhibe el principal conjunto depositado por la Agrupación de referencia, a cuyo cuidado han corrido también las prolijas labores de restauración. En las pequeñísimas representaciones de soldados —en papel, plomo, estaño, madera, plástico— y deliciosas maquetas —de material diverso— se ha logrado un éxito rotundo, en el que interviene muy eficaz y lucidamente la minuciosidad y exactitud de detalles y policromía. Conjunto que se completa con los espléndidos dioramas evocadores de episodios resonantes. Así, admiramos el paso de los Alpes por Aníbal, la batalla de Covadonga, las rendiciones de Granada, Breda y Bailén —según los lienzos de Pradilla, Velázquez y Casado del Alisal—, la carga de los mamelucos en la Puerta del Sol y los fusilamientos de la Moncloa —inmortalizados por Goya— y múltiples composiciones que, a través del siglo XIX —la retirada de Moscú, Zumalacárregui revistando a las fuerzas carlistas, Guerra de Africa, una visita de Novaliches a Palacio, boda de Alfonso XII y María Cristina—, llegan a la Guerra de Liberación —Alto de los Leones, Paso del Ebro, combatientes de uno y otro bando— y a la última guerra mundial, con tipos y formaciones fácilmente identificables.

Balance de cifras.

No quisiéramos abandonar el Museo sin recoger algunas cifras sobre el número de personas que lo visitan. Según los datos obtenidos —gracias a la amabilidad de quien nos los ha facilitado*—, la asis-

(*) Tenemos el honor de manifestar nuestra sincera gratitud al excelentísimo señor Teniente General, don César Mantilla Lautrec, Director del Museo, así como a los ilustrísimos señores don Gonzalo García García, Coronel Subdirector y don José Egea Pardos, Teniente Coronel, Mayor, por las atenciones dispensadas para la preparación de este trabajo.

Asimismo expresamos nuestro reconocimiento al ilustrísimo señor don Darfo Loraque, Presidente de la Agrupación de Miniaturistas de España, por las informaciones amablemente facilitadas.

tencia registrada durante los años 1962-1969, comprende los totales indicados a continuación:

1962	71.564
1963	75.480
1964	74.455
1965	82.232
1966	66.480
1967	66.156
1968	61.726
1969	58.878
<i>Total</i>	556.971

Epílogo.

Dejamos ya el Museo. Personalmente, lo dejo con pena, óptima señal propia de cuando abandonamos lo que nos es grato. Ya camino del Prado, hacia el centro de la urbe, voy pensando en cuanto he visto, contemplado y sentido. Trato de resumir tantas impresiones, y por un momento imagino visitar al prestigioso Director del Museo. Sí, fiado y confiado plenamente en su benevolencia, llegaría a su despacho, expresándome en estos o parecidos términos:

Mi General

Descubierto y a pie firme, con todos los respetos debidos a vuestra alta jerarquía, no sólo como prescribe la Ordenanza, sino como reclaman cortesmente vuestra mayor edad, sabiduría y gobierno, deseo exponeros algunas reflexiones nacidas al compás de mis frecuentes visitas al Museo.

Tenéis, señor, la fortuna y os incumbe, a la vez, la responsabilidad de dirigir un Museo sencillamente excepcional. Cabe decir, sin hipérbole, que una gran parte de la historia —la mejor historia— de España se muestra panorámicamente ante la mirada atónita y emocionada de

sus visitantes. Aquí, bajo el mismo techo, en un remanso de sosiego y de paz, conviven plácidamente, a través de mil evocaciones personales, famosos capitanes y héroes anónimos de nuestras luchas por la independencia o defensores del honor de España, cuyo recuento es, en este lugar, a todas luces innecesario.

Los recuerdos aquí atesorados, lejos de permanecer inertes —como en un frío panteón de glorias pretéritas—, viven, palpitan, pues como diría quien sabía decir bien cosas bellas, en su ámbito ni los muertos mueren ni el pasado pasa.

La visita al Museo tiene, señor, para la mayoría, mucho de curiosidad, pero también, para los más fervorosos, de rito devoto y consolador. Nadie sale defraudado ni, menos, empequeñecido; por el contrario, el espíritu se va fortaleciendo y ensanchando a medida que avanza la contemplación de cuanto encierra.

Museo, en definitiva, de admirables contrastes, en el que los objetos aquí conservados, de reducido valor material en la mayoría de los casos, se transfigura a diario en reliquias históricas y emocionales de ennoblecida significación. De suyo, poco valen un trozo de tejido, una piedra, un papel o un proyectil. Pero si ese tejido es un trozo de la bandera defendida con alma y vida por los héroes de Baler y la piedra, manchada aún de sangre, acompañó en sus últimos momentos al Teniente Coronel Palacios, y la hoja de papel guarda un autógrafa de Alvarez de Castro y el proyectil atravesó el pecho de Diego de León, hay que reconocer que la cosa cambia completamente. Entonces, sobre la materia vulgar de unos objetos cualesquiera, alienata y perdura un sentido de admiración que trasmuta en pensamientos elevados lo que en el orden material de las cosas no sobrepasa los límites de la insignificancia. El valor, el honor, el sacrificio, la gloria, la abnegación, están en esa guerrera acribillada, en ese machete sin relieve, en ese fajín desbilachado, en ese detente descolorido o en esas vendas ensangrentadas...

Con todo, señor, pienso que este Museo clama y reclama con acrecida ilusión una intensa y extensa divulgación cara al público —según se dice ahora—, acompañada de una renovación a fondo de sus instalaciones, con un acondicionamiento más adecuado a las modernas orientaciones museográficas. Ciertamente es —y lo tengo muy presente— que el abigarramiento de las piezas expuestas no se debe a negligencia en su colocación, ni siquiera a rutinarios criterios de ordenación y de montaje. Responde fundamentalmente —vos lo sabéis mejor que yo— a que siendo tantas las innumerables glorias de la patria aquí reflejadas, no caben ya en el recinto estrecho que las guarda, pese a todo su abolengo austriaco y filipense por añadidura. El contenido —arrollador e incoercible— desborda al continente, majestuoso como es notorio, pero, también, insuficiente.

Diríamos, señor, que hasta ahora, el Museo, más que dormir sobre sus laureles, se ha defendido abnegada, valerosamente, como un auténtico reducto inexpugnable. Es lo que corresponde a su estilo y a su entrañable conexión con la milicia. Ahora bien; me permito elevar a vuestra superior consideración la idea de si no habrá llegado ya el momento de emprender una ardorosa ofensiva de largo alcance con la mira puesta en el máximo enaltecimiento de este Museo que, único entre los primeros, se lo merece todo.

Sospecho con ilusión que, en tal supuesto, no habrían de faltar ocasiones de dar a conocer a propios y extraños todo cuanto el Museo tiene y representa, celebrando efemérides conmemorativas de personajes o acciones, con ciclos de conferencias, publicaciones, cartillas de divulgación, exposiciones, conciertos —marchas militares—, carteles, campañas de radio, prensa y televisión, emisiones filatélicas, acuñación de medallas, cursillos —incluso obligatorios para determinadas especialidades—, sesiones cinematográficas —hay material a propósito de corto o largo metraje—, etc. No se me esconde, señor, que sin faltar las ocasiones, pudieran ser los medios los que fallaran;

mas para arbitrar éstos, permitidme que os confiese mi confianza en vos mismo. Adonde vuestro empuje, bien acreditado, secundado eficazmente por el entusiasmo de vuestros colaboradores, no consiga llegar, bien pudieran alcanzar otros, dentro o fuera de la gran familia militar. Pienso, a este respecto, en entidades capaces de facilitar medios precisos, sin excluir la constitución de alguna agrupación similar a las ya existentes de amistosa vinculación a un centro o a una actividad cultural.

Llegado el caso, los resultados que pudieran obtenerse, colmarían, de buen grado, las esperanzas más fundadas. Uno, entre todos, cobraría singular relieve y significación: avivar la conciencia de solidaridad de los españoles con el glorioso y aleccionador pasado de su Historia. Más de subrayar aún cuando los tiempos que corren parecen vueltos de espaldas a los valores que siempre alcanzaron entre nosotros culto preferente: amor a la patria, valor, heroísmo, sacrificio. Valores que, precisamente, en el Museo del Ejército, han adquirido para siempre perfiles inolvidables, gracias al colosal desnudo de las armas y los hombres de España.

Con todo respeto.

R E S U M E

ENRIQUE PARDO CANALIS: *Une visite au Musée de l'Armée.*

Dans l'ancienne enceinte madrilène du Buen Retiro se trouve l'actuel Musée de l'Armée dont les antécédents peuvent remonter à l'époque des Rois Catholiques, quoique sa création moderne date des commencements du XIXe siècle.

On peut affirmer sans exagérer que ce Musée constitue un vif et authentique reflet de l'histoire militaire de l'Espagne à travers des milliers de pièces qui intègrent ses salles.

Les splendides séries qu'il comprend, spécialement en armes, drapeaux, uniformes, décorations, miniatures, photographies et souvenirs personnels, offrent un ensemble d'objets de grande et émouvante valeur historique. Tout ceci contribue à rehausser l'importance réellement extraordinaire de ce Musée qui, aussi bien par sa noble exécutoire comme par le glorieux passé qu'il évoque, peut s'estimer incomparable et un des plus attrayants, non seulement pour les connaisseurs, mais, en general, pour les visiteurs de la Ville et de la Cour.

S U M M A R Y

ENRIQUE PARDO CANALIS: *A visit to the Army Museum.*

The Army Museum is housed in the old madrileño building which was part of the Buen Retiro Palace. The origins of the present Museum date back to the epoch of the Catholic Majesties although its modern creation goes back only to the beginning of the XIX century.

No overstatement is made saying that this Museum is a living and affectionate reflex of Spain's military history through the several thousand pieces shown in its spacious rooms.

The splendid series which comprise, specially arms, banners and ensigns, uniforms, decorations, miniatures, portraits and personal memories, offer a whole of objects endowed with a great historical and emotional value. All contributes to enhance the really extraordinary importance of this Gallery, which both by its patent of nobility as well as by its glorius past evoqued, can well be considered incomparable and one of the most attractive not only for the connaisseurs but furthermore in general for the visitors to the Town and Court.

ZUSAMMENFASSUNG

ENRIQUE PARDO CANALIS: *Ein Besuch dem Museum der Armee.*

In dem alten Kreis des «Buen Retiro» von Madrid wird das gegenwärtige Museum der Armee eingerichtet, dessen Vorleben auf die Zeit der katholischen Königen zurückgreifen kann, obwohl seine moderne Einrichtung von den Anfängen des XIX Jahrhunderts datiert.

Ohne Übertreibung kann man behaupten dass dieses Museum eine lebendige und inniggeliebte Widerspiegelung der militärischen spanischen Geschichte durch die Tausende von Stücken in den verschiedenen Sälen, bildet.

Die glänzende Serien, die es einschliesst, besonders Waffen, Uniformen, Ehrenzeichen, Miniaturen, Bildnissen und persönlichen Erinnerungen bieten eine Sammlung von Gegenständen mit grossen geschichtlichen und Gefühlswert. Alles dies trägt zu einer bedeutenden und wirklich ausserordentlichen Hervorhebung dieses Museums bei, das sowohl wegen seiner noblen Verwirklichung als seiner glorreicher Vergangenheit, die es heraufbeschwört, sich als unvergleichlich und eines des meist anziehenden Museums schätzen kann, nicht nur für die Kenner sondern auch für allgemeine Besucher der Villa und des königlichen Adels.